



REFLEXIONES SOBRE EL RIESGO DE LA DESIDEOLOGIZACION EN LA INTERVENCIÓN COMUNITARIA¹

Elio Rodolfo Parisí²

Adrián Manzi³

Resumen

En el ensayo se propone pensar respecto de si las prácticas que realizamos a través de la intervención comunitaria son políticas. La respuesta no tardaría en llegar y sería la esperable: esta afirmaría que sí son políticas. Y son políticas porque buscan intervenir en un sector social donde la organización social no ha logrado por acción y omisión la consolidación de subjetividades propuestas con la modernidad. Se percibe que es en la decisión de intervenir sobre las consecuencias y no sobre las causas estructurales lo ideológico del asunto. Por lo que, si cometiéramos el error de aproximarnos a la comunidad desde el no lugar, lo que estaríamos reforzando en las comunidades -la mayor de las veces devastadas- sería la no comunidad, es decir, la negación de esta articulación de significados y de relaciones de dominación que se establece como contrapartida de todo tipo de individualismo.

¹ Artículo cuya idea se comenzó a trabajar en el artículo “Una discussione riguardo all intervento comunitario realizzato dalla psicologia politica”. Rivista Psicologia di Comunità. SIPCO – Società Italiana di Psicologia di Comunità. Palermo, Italia (Parisí, E., Manzi, A. y Cardini, C. 2016)

² Dr. en Psicología. Director del Proyecto de Investigación “Psicología Política” Docente de Psicología Política. Facultad de Psicología, Universidad Nacional de San Luis. Correo: eliorodolfoparis4@gmail.com

³ Dr. en Psicología. Investigador del Proyecto de Investigación “Psicología Política” Docente de Psicología Política. Facultad de Psicología, Universidad Nacional de San Luis. Correo: acmanzi@unsl.edu.ar



REFLEXÕES SOBRE O RISCO DE DESIDEOLOGIZAÇÃO NA INTERVENÇÃO COMUNITÁRIA

Resumo

O ensaio se propõe a pensar se as práticas que realizamos através da intervenção comunitária são políticas. A resposta não seria longa e seria a esperada: afirmaria que eles são políticos. E são políticas porque procuram intervir em um setor social onde a organização social falhou, por ação e omissão, em consolidar as subjetividades propostas pela modernidade. É a decisão de intervir nas conseqüências e não nas causas estruturais que é percebida como o aspecto ideológico da questão. Portanto, se cometêssemos o erro de abordar a comunidade a partir do não-lugar, o que estaríamos reforçando nas comunidades - na maioria das vezes devastadas - seria a não-comunidade, ou seja, a negação desta articulação de significados e relações de dominação que se estabelece como contrapartida a todo tipo de individualismo.

REFLECTIONS ON THE RISK OF DEIDEOLOGIZATION IN COMMUNITY INTERVENTION

Abstract

The essay proposes to think about whether the practices we carry out through community intervention are political. The answer would not take long to arrive and it would be the expected one: it would affirm that they are political. And they are political because they seek to intervene in a social sector where social organization has not achieved, by action and omission, the consolidation of subjectivities proposed by modernity. It is perceived that



it is in the decision to intervene on the consequences and not on the structural causes that the ideology of the matter lies. Therefore, if we were to make the mistake of approaching the community from the non-place, what we would be reinforcing in the communities - most of the time devastated- would be the non-community, that is, the denial of this articulation of meanings and relations of domination that is established as a counterpart of all types of individualism.

Introducción

Ignacio Martin-Baró define el problema del bien común o bien social en referencia al sector social donde nos situemos. Para este autor la cuestión es desde dónde juzgamos la deseabilidad social (Martin-Baró 1998:317). Podríamos pensar, en virtud del conocimiento de la obra de Baró, que claramente está refiriéndose a una cuestión ideológica, de clase social.

Pensamos, sobre la base de la experiencia, que no se puede plantear la intervención en la comunidad desde la psicología comunitaria desde el no lugar, desde una pretendida asepsia o de la neutralidad ideológica. Siempre se realiza desde algún espacio ideológico, con algún tipo de episteme que sostiene la praxis, le da sentido y orienta la acción.

Cuando Carballada (2004) plantea la intervención en los espacios microsociales para recomponer los lazos sociales que han sido fragmentados, está describiendo en su acción, los resultados estructurales y socio-culturales de políticas neoliberales aplicadas durante más de una década en Argentina (1990-2002), además de la ruptura paulatina del Estado de bienestar, que comienza en el año 1955, con el derrocamiento del peronismo a través de un golpe de Estado. Esas políticas aplicadas con precisión, han generado una trama de



subjetividades que están en la intemperie y que son el resultado del individualismo como concepción de vida. A la vez que terminan fragmentando la solidaridad social como forma de sobrevivencia a tanta exclusión. La exclusión afecta también la identidad social y personal, que termina entrando en crisis y puede desembocar, la más de las veces, en una identidad fracturada que tiende a ensimismarse.

Las personas que se hallan en esa situación se encontrarían en posiciones/condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación. Y sólo un análisis pormenorizado y meticuloso, que provenga de una lectura ideológica de la realidad con un pormenorizado atravesamiento histórico, podrá comprender las causas generales de tales problemáticas y así evitará caer en los errores comunes de particularizar las situaciones a las que se enfrenta.

Al respecto Leiva, A. (2003:2) sostiene: *“En general, a nivel teórico, todas las visiones de participación de la psicología comunitaria mantienen una concepción de mundo en la cual los sujetos clásicos de intervención de la disciplina estarían fuera de ésta. Por decirlo así, todas estas orientaciones son integracionistas: plantean que los sujetos se integren a la sociedad. El objeto de intervención se constituye como excluido”*.

Una intervención desde la psicología comunitaria que no analice las causas que determinan las problemáticas sociales, hará esfuerzos y logrará resultados, pero es probable que estos resultados sean pasajeros. O correrá el riesgo de convertirse en puro asistencialismo, que tenderá a poner parches en situaciones gravosas sin alcanzar a dimensionar el conflicto social latente y presente, que se materializa en las condiciones de vida, en algunos casos paupérrimos, de las personas o comunidades involucradas.



Si a eso le sumáramos que la comunidad en la que se va a intervenir es ciertamente refractaria, tendríamos otros problemas. Pero, al decir de Carrera Robles, J. (2014:2) *La intervención comunitaria, en ese sentido, representa una alternativa que puede actuar como revulsivo en comunidades urbanas poco dispuestas a transformar parte de su realidad, ensombrecida por el miedo social en sus expresiones de aislamiento, falta de convivencia y ausencia de participación organizada, sobre todo en proyectos de bienestar comunitario.*

Como así también es necesario analizar las condiciones concretas por las cuales la psicología comunitaria se desarrolla y trabaja. Entre ellas el tipo de relación de trabajo en determinada comunidad, la disponibilidad de recursos materiales y humanos, la utilización semántica para trabajar durante el proceso de intervención, y las expectativas y logros obtenidos según una visión macro estructural y no meramente local.

Por cierto que variadas experiencias en psicología comunitaria a lo largo y lo ancho de Latinoamérica han demostrado la necesidad de este tipo de abordaje, especialmente en situaciones o circunstancias donde se han alcanzado buenos resultados. Pero los interrogantes que nos hacemos apuntan a poner en tensión los logros de la psicología comunitaria, la episteme de la misma y la débil frontera de la que siempre se tiene que cuidar. Y nos referimos al riesgo de caer en el mero asistencialismo, o como implementadora de control y disciplinamiento estatal y/o mercantil, resignando así lo que plantea como objetivos sustanciales.

Por lo que, durante el desarrollo del trabajo, proponemos que la intervención comunitaria debe, indefectiblemente, respaldarse desde una lectura psicopolítica, de lo contrario podría



ocurrir que no vislumbrara los discursos que se generan desde el poder opresor y puede, por la misma dialéctica, reproducir la ideología del mismo poder.

Desarrollo

Deberíamos comenzar la discusión repensando respecto de si las prácticas que realizamos a través de la intervención comunitaria son políticas. La respuesta no tardaría en llegar y sería la esperable: esta afirmaría que sí son políticas. Y son políticas porque buscan intervenir en un sector social donde la organización social no ha logrado por acción y omisión la consolidación de subjetividades propuestas con la modernidad. Se percibe que es en la decisión de intervenir sobre las consecuencias y no sobre las causas estructurales lo ideológico del asunto. Por lo que, si cometiéramos el error de aproximarnos a la comunidad desde el no lugar, lo que estaríamos reforzando en las comunidades -la mayor de las veces devastadas- sería la no comunidad, es decir, la negación de esta articulación de significados y de relaciones de dominación que se establece como contrapartida de todo tipo de individualismo.

Cuando se distiende lo comunitario, cuando las tramas sociales y políticas subjetivan individualismo, lo que va avasallando del sentido comunitario es su capacidad de creación del sujeto colectivo sostenido por tramas colectivas. Es importante considerar primero que el paradigma de la psicología comunitaria no está surgiendo de superestructuras sino del pueblo, y más precisamente de los sectores más desposeídos y marginados. El componente principal es la comunidad y el equipo que la lleva a cabo toma decisiones sobre la salud de la cual la comunidad se apropia porque es “su” salud; y la gestión de una salud positiva en



el sentido de que no gestiona enfermedad sino un eje teórico-práctico que es la epidemiología positiva (Saforcada, de Lellis y Mozobancyk, 2010).

El soporte teórico es un modelo social-expansivo en donde hay actividad profesional multidisciplinaria exhaustiva y en el cual tiene por objeto los procesos de salud. Posee un eje teórico-técnico de la epidemiología, es decir, una clínica expandida fuera del consultorio y utiliza hipótesis etiológica integral y no etiopatogénica, en los cuales entre las significaciones del ser humano se focaliza en la instancia del proceso de salud. El soporte axiológico, es decir, la ubicación del eje significación-valoración está en la comunidad y sus problemas, y la actitud del efector es desde el relativismo cultural, protegiendo y promocionando una orientación fundamental y no una orientación rehabilitadora (Saforcada, de Lellis y Mozobancyk, 2010).

Si tomamos los conceptos de Castell (1999) respecto de que las identidades de resistencia producen comunas o comunidades, podríamos pensar que desde esa resistencia a ocupar lugares estigmatizados que se dan en las comunidades agrupadas -en torno a esa marginación por parte del mercado-, podrían generarse espacios de poder que tuvieran una consecuencia de búsqueda de la construcción de identidades emancipadoras, de espacios políticos en los que se intentaría modificar el destino incierto.

Por lo que podríamos interrogarnos respecto de qué acciones pueden dar lugar a intervenciones comunitarias que se plantean desde un pretendido no lugar, que podría socavar la acción reproductiva de sujetos colectivos.

Cuando planteamos que las personas que se hallan en esas situaciones es porque se encuentran en posiciones/condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, estamos refiriéndonos a las consecuencias de políticas de corte capitalistas en



las que las personas son las variables de ajuste. Y ajustar a las personas es fragmentar sus capacidades políticas de modificar el estado de sus situaciones en tanto sus situaciones no sean una cuestión de Estado.

La fragmentación se manifiesta, entre otras características, como la incapacidad de representarse sobre sus posibilidades ciudadanas, sobre sus derechos; la incapacidad de repensar los límites que son necesarios para discutir las tensiones con el Estado en la esfera pública, y en la constante vivencia crónica del padecimiento subjetivo que obedece a causas externas y no internas.

Carballeda (2004) expresa que el estudio y el análisis del contexto social marcan una dirección a la intervención en comunidad, que puede ser relacionada con la problemática de la integración. En otras palabras, es posible definir la intervención en el ámbito de la comunidad como un dispositivo que intenta producir modificaciones, justamente en las expresiones locales que son efecto de esa problemática. Y esta problemática está en estrecha vinculación con la fragmentación social.

A lo que agregamos que sólo el análisis descriptivo y meticuloso, que provenga de una lectura ideológica de la realidad con un pormenorizado atravesamiento histórico, podrá comprender las causas generales de tales problemáticas y ampliar las dimensiones de intervención. “Las condiciones de salud de una sociedad están íntimamente relacionadas con las características dinámicas -política y económica- de la misma y de su gobierno, en la jurisdicción que corresponda: municipal, provincial, departamental, o nacional” (Saforcada, de Lellis, Mozobancyk, 2010, p: 144). La calidad y cantidad de participación de la ciudadanía respecta a la dinámica política de una comunidad por lo que incide directamente en las condiciones de salud de los miembros y de un proceso de retroalimentación. Y la



complejidad de la realidad necesita de análisis complejos, de lo contrario se podría caer en la tentación de reducir las causas de tales problemáticas, particularizando las problemáticas, subsumiéndose solamente a la contención de emociones violentas o padecimientos crónicos. Como así también caer en los efectos del reduccionismo del modelo clínico médico sobre una psicología que produce que se reduzca la posibilidad de visualizar y la acción de la profesión sobre lo enfermo, es decir, se conduzca desproporcionadamente hacia la enfermedad mental o una posición cercana al dualismo cartesiano de separar cuerpo-alma-condiciones sociales, considerando a los grupos y familias como sistemas cerrados. Modelo que obedece a un paradigma en donde la estructura del saber es monodisciplinaria o bidisciplinaria, el objeto del saber es la enfermedad y su eje teórico-técnico es una clínica restrictiva en la que la hipótesis etiológica está ubicada en el agente como huésped de la problemática. Es decir, es posible que la psicología comunitaria también se ejerza con una dimensión de orden restrictivo, fragmentándose y fragmentando la lectura de la realidad.

Otra expresión de la fragmentación de lo social (Carballeda, 2004, p.114) se manifiesta a través de diferentes formas de padecimientos. Tanto la fragmentación como el padecimiento interrogan a la intervención en lo social en tanto posibilidad de intervenir sobre aquello que la crisis separó. En efecto, el trabajo comunitario puede proponerse, dentro de sus lineamientos generales, intervenir en los procesos o fenómenos de fragmentación (en tanto trama social), a partir de su expresión local intentando reparar o reconstruir aquello que las condiciones sociales, económicas y políticas fragmentaron. Ahora bien, cómo se repara aquello que estaba conformado por una complejidad social, por una identidad que subjetivaba una trama social vigente que le daba sentido a las prácticas



sociales, pero que ya no existe. Y no sólo que no existe como realidad cuya consecuencia se manifiesta como padecimiento por su ausencia en cuestiones de índole material, sino que se va perdiendo también su referencia desde lo simbólico. Sabiendo además, que el soporte simbólico asienta y afianza la significación cuando perdura en el tiempo y en cambio, el soporte material cuando se desvanece o está ausente, puede socavar rápidamente este otro soporte simbólico. Es decir, la posibilidad de resistir, participar, modificar, y proyectarse saludable y comunitariamente es paupérrima cuando no se sostiene en el tiempo el soporte material.

Castell (1999) plantea tres tipos de identidades y uno podría ubicar a la identidad de resistencia como espacio posible, como referente de significación subjetiva y de articulación social en la comunidad en la que se pretenda intervenir. Por cierto que nadie podría llevar como herramienta de intervención la propuesta de construcción de una identidad, pero tampoco sería posible trabajar y lograr resultados estables con identidades suspendidas, que están en la intemperie. ¿Hacia qué lugar puede ir dirigida la intervención comunitaria si lo que encontramos son identidades fragmentadas?

¿Qué es la fragmentación si no la negación del otro como ser en tanto no puede construir, colectivamente, su devenir histórico? ¿Cómo se realiza la intervención con sujetos que están privados de sus derechos, de su identidad y de su caudal histórico?

Porque fácilmente podemos caer en la paradoja de la naturalización y la perpetuación del orden establecido dejando que el mismo siga un curso como si fuera natural sin que ocurran transgresiones, subversiones ante ese orden de las cosas del mundo. Este orden, construido en categorías de pensamiento o estructuras cognitivas se perpetúa a pesar de sus atropellos.



¿Acaso los mismos que participan en la intervención comunitaria no podrían quedar atrapados en ese tipo de simbolización? La necesidad de realizar la narrativa subjetiva histórica en términos de derechos sociales y políticos no es sólo del asistido sino también del asistente. Las tramas de las relaciones políticas de poder determinan el tipo de relación que la psicología comunitaria establece en su intervención y ésta no puede soslayarse. De hecho, Pérez Martínez (2015:p.7) sostiene que pensar los procesos colectivos desde el punto de partida de lo individual, obtura la posibilidad de comprender que allí ocurrió algo del orden de lo colectivo, que requería mirarse de otro modo.

Si nos aproximamos a la comunidad, definida ésta como aquel grupo social que está compuesto por sujetos estigmatizados, que sobreviven en los márgenes de la sociedad y que son el resultado de políticas que los expulsan de sus derechos, veremos como un factor determinante la ausencia del Estado. Y esa ausencia se dará en varios planos fundamentales: uno de ellos estará relacionado por la falta de un proyecto político y económico nacional que la incluya con generación de empleo, con estrategias de prevención y atención de la salud pública, educación, entre otros, y que apunte a revertir su situación estructural. En otro de ellos se observará también la carencia de políticas coyunturales para la atenuación inmediata de problemáticas particulares como el hambre, las enfermedades, la falta de servicios esenciales, entre otros.

Entonces observaremos que la complejidad que determinó que exista ese tipo de comunidad no se revierte solamente con el empoderamiento de la población que la constituye. Porque, de lo contrario, se podría caer en la mirada reduccionista de pretender que, si la comunidad se autogestiona, los problemas de fondo se solucionarían. Y con esto no pretendemos minimizar los efectos de la intervención comunitaria. Pero tampoco darle un valor que



muchas veces no tiene por sus limitaciones de acción y sus restricciones epistémicas. Los modos de caracterización de la pobreza influyen en el diseño, aplicación y evaluación de las políticas tendientes a mitigarla. Si no se atienden suficientemente los procesos subjetivos y el entramado de relaciones causales que están en el origen y desarrollo de los procesos iniciales de empobrecimiento, seguidos generacionalmente por la profundización y estructuración de tal condición, no se puede intervenir eficazmente en el fortalecimiento y encauzamiento adecuado de los recursos y/o acciones de resistencia que los propios sujetos adoptan (de Lellis, 2006, p:157).

Cuando las personas se auto perciben como menoscabadas en sus capacidades, habilidades y dependientes de quienes sí les ofrecen los medios necesarios para asistirlos, se refuerzan los vínculos de dependencia y pasividad antes las próximas relaciones. Si el contexto continúa privando las oportunidades, la percepción de estar excluido sin posibilidades de obtener habilidades, capacidades y recursos, se transmiten de generación en generación.

Entonces proponemos que pensemos a la intervención comunitaria como un signo expresivo de un anhelo, que debe plantearse varios ciclos de acción. Acción para enfrentarse a lo urgente, a lo inmediato y acción para pensar en el largo plazo.

Y el largo plazo estaría, indefectiblemente en operar políticamente sobre el Estado, a través de la presión para el logro de políticas públicas. Y también de la producción de conocimientos que técnicamente promuevan estabilidad, en términos de políticas públicas, para el ejercicio de derechos y no mera aplicaciones de intervenciones de orden paliativo. Es cierto que es un objetivo que puede parecer inalcanzable, especialmente cuando encontramos comunidades muy oprimidas, sin capacidad de simbolización, donde la socialización política es de una escasez tan grande como la misma pobreza material en la



que se sobrevive. Como dice de Lellis (2006), los supuestos más importantes considerados para mejorar la eficacia, calidad e impacto de las políticas públicas es necesario “analizar los procesos intersubjetivos asociados con el sentido de pertenencia a la comunidad, procesos de participación social, la construcción de poder” (2006, p: 128). También analizar la presencia de obstáculos de naturaleza sociocultural que impiden la participación ciudadana como la burocratización de la asistencia pública o el desvío de los objetivos, o el sentimiento de desvalimiento e indefensión aprehendida. Las distintas formas de aplicación de la psicología comunitaria, psicología social y política, tienen que estar en relación con el ciclo de las políticas públicas y reconocer las fases y dimensiones de los problemas sociales e incorporar a la agenda pública la implementación de estas políticas y la evaluación constante y continua de la aplicación.

Por otra parte, el Estado no sólo es un facilitador de la existencia, un garantizador de derechos, sino que también es un constructor de la nacionalidad, y por lo tanto, de la identidad ya que es un referente social, grupal, personal que se aferra a un territorio, a símbolos y que establece ligazón condicionante entre los presentes. El Estado es un legitimador y sostenedor de la subjetividad. Donde está ausente el Estado, la subjetividad queda, tal como hemos sostenido, a la intemperie.

¿Qué subjetividad se puede conformar si la familia es un concepto vacío de significado, si el trabajo está precarizado; si la escuela es un depósito o si la justicia es una entelequia? Es muy complejo el trabajo con subjetividades sin territorio o con territorio aislado, excluido, menospreciado, símbolos sin sentido o con sentidos paradójicos, contradictorios, y relación de desconocimiento, de negación o indiferencia con los otros que ocupan el mismo espacio, y con vidas sin narración histórica en donde incluya el devenir ajeno. ¿Qué concepto de



igualdad y equidad existe tanto en la psicología comunitaria como en las políticas públicas para se construyan los sujetos cuando la democracia queda al servicio de las minorías? A menos que se viva en una comuna o comunidad en la que la resistencia a la marginación, a la estigmatización sea tan importante, que se configure como proceso identitario y que esto accione los procesos de subjetivación.

Podríamos pensar en movimientos sociales como el Movimiento de los Trabajadores Rurales sin tierra (MTS), al que Leite (2011) dice que trae como marca una composición en la que conviven a veces pacíficamente, otras veces conflictivamente, una subjetivación de orden campesina y otra de orden militante.

Pero generalmente la intervención comunitaria se da en comunidades desorganizadas y quizás, desalentadas.

Ahora bien, cómo se dará el proceso de la construcción de las significaciones imaginarias y simbólicas sociales si las instituciones no proveen de los procesos de apuntalamiento necesarios para que el sujeto se desarrolle con cierta capacidad de acceso a lo que la cultura provee para no quedar subsumido en el inframundo del padecimiento psíquico. Sumado esto en las propias crisis de principio de siglo de las instituciones fundamentales: familia, escuela, trabajo.

Lewkowicz, (2006) sostiene sin hesitaciones que el Estado no es un objeto cualquiera para el yo: el yo es el efecto del Estado y sus instituciones. Por otra parte, el Estado tiene la fijeza suficiente como para estabilizar las referencias, para fijar la identidad del yo.

A lo que Pérez Martínez (2015) agrega que, cuando uno rastrea las producciones en psicología que se ocupan de algo del orden de lo social y/o comunitario, se observa que



todas parten del individuo para pensar lo colectivo y este *yo* surge de la confrontación con un *no-yo* en nuestra cultura colonizada y occidentalizada.

Otra dificultad que presenta la psicología comunitaria, como lo consideran Saforcada, de Lellis y Mozobancyk, es que “la gran mayoría de los programas y proyectos de psicología comunitaria no ha buscado integrar la medicina, lo cual termina perjudicando a las comunidades” (2010, p:24). Para comprender los procesos de salud y de salud mental, es imprescindible conocer los procesos y componentes como los estilos de vida, los hábitos, las creencias, las representaciones sociales, la subjetividad, los sistemas valorativos, y sub componentes como uso del tiempo, la alimentación, la higiene, la actividad corporal, uso de sustancias tóxicas, entre otros. El doctor Robert Virchow, consideraba acerca de la tuberculosis que ésta no se restringe solamente a la presencia del bacilo en el cuerpo y que es mucho más que este micro-organismo. Luego la epidemiología ha ayudado a comprender estos razonamientos, los cuales estaban aplicados en sus prácticas profesionales por un paradigma social-expansivo, hasta tal punto de considerar que “la medicina era una ciencia social y que la política no era más que medicina a gran escala”

(Saforcada, de Lellis y Mozobancyk, 2010, p: 33).

Esto nos llevar a reflexionar sobre las dificultades de las intervenciones en la comunidad sin el análisis de las condición de poder y de saber sobre los modelos políticos y sociales imperantes en los contextos en los que se piensa operar.

Y ahí es donde pensamos que es la psicología política latinoamericana la que puede articular dispositivos para el desentrañamiento de las tensiones propias de una sociedad, para repensar el poder, para entenderlo como una construcción social y para realizar análisis coyunturales que apunten a entender el estatus quo de la sociedad. Además, y este



no es un tema menor, articula dos espacios en común, por un lado lo psicológico y por el otro lo político, ya que hemos convenido que la práctica e intervención comunitaria es una práctica eminentemente de carácter político.

A modo de conclusión

Hemos planteado en esta breve discusión, dos modelos de intervención comunitaria, sin precisar ni describir ninguno de ellos. Lo hemos hecho desde el intento de situarnos desde una discusión epistemológica, política. Uno de los modelos desde los cuales se puede partir para realizar una intervención comunitaria es desde el no lugar, desde el asistencialismo encubierto con un pseudo discurso progresista. Y ahí podría darse el *gatopardismo*, que es la filosofía de quienes piensan que es preciso que algo cambie para que todo siga igual. El *efecto Lampedusa*, del que se habla a veces, consiste en hacer las cosas de modo que algo mute para que lo demás permanezca inmodificable en la organización social. Se refiere a reformas meramente cosméticas, ociosas o de distracción que se proponen para mantener incólumes los privilegios sociales y económicos de los manipuladores de esas reformas de epidermis (Borja, R., 2015).

El otro punto de partida sería el de trazar horizontes políticos en los que la finalidad de la acción sea la construcción de sujetos políticos que puedan poner en tensión hasta nuestros discursos y acciones. Pero sujetos políticos activos en su relación con su realidad y capaces de hacerse cargo de la historia y modificarla.

La narración histórica política debe ser también tejida en los contratos de trabajo que explícita e implícitamente establece, en la semántica misma que la psicología comunitaria usa para intervenir. El orden del saber se dispone como una pieza del engranaje político,



que continúa la vinculación jurídica de los individuos y el poder soberano mediante la narración de sus logros obtenidos. No es un instrumento neutral e indiferente a los enfrentamientos de poder que organizan la sociedad. La imposibilidad de la narración de la historia propia en términos epistémicos funciona como un operador y un intensificador del poder, que termina por encontrar sus propias resistencias. La «verdad» de un discurso puede aparecer como un elemento finalmente subordinado a sus efectos prácticos, que son los que otorgan realidad y densidad política al sistema de enunciados empleados en la situación conflictiva.



Referencias

- Borja, R. (2015). Enciclopedia de la Política. <http://www.encyclopediadelapolitica.org/>.
- Castells, M. (1999). La era de la información. Economía sociedad y cultura. El poder de la identidad (Vol. 2). Buenos Aires: Siglo XXI
- Carballeda, A.J. (2004). La intervención en lo social. Exclusión e integración en los nuevos escenarios sociales. Buenos Aires: Paidós.
- Carrera Robles, J. (2014). Miedo social, intervención comunitaria y promoción cultural en Chihuahua. Reflexiones sobre un estudio de caso. Revista Cuicuilco vol.21 no.60 México may./ago. 2014.
- De Lellis, M. (2006). Psicología y políticas públicas de salud. Buenos Aires: Paidós.
- Lewkowich, I. (2006) Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez. Buenos Aires: Paidós.
- Leite, J. (2011). Producao de subjetividadeemtrabalhadoresruraisnacondicao de luta pela terra. Revista Polis e psique Vol.1, n 2.
- Leiva G., Andrés (2003) El tema de la participación de la psicología comunitaria en las políticas del nuevo trato. Polis, Revista de la Universidad Bolivariana, vol. 1, núm. 5, invierno, 2003, Universidad de Los Lagos, Santiago, Chile
- Martin-Baró, Ignacio (1998) Psicología de la liberación, Epílogo de Noam Chomsky, Editorial Trotta, Madrid.
- Perez Martinez, L.(2015).El sentido político de nuestras prácticas. Una Psicología de lo comunitario en movimiento. Manuscrito no publicado.
- Saforcada, E., de Lellis, M., Mozobancyk, S. (2010). Psicología y Salud Pública. Nuevos aportes desde la perspectiva del factor humano. Buenos Aires: Paidós.